

## UN ÁRBOL CRECE EN BROOKLYN

Betty Smith

### I

«Apacible» era la palabra que uno habría empleado para calificar a Brooklyn, Nueva York. Especialmente en el verano de 1912. Como palabra, «sombrió» era mejor; pero no era adecuada para Williamsburg, uno de sus suburbios. La voz «pradera» era hermosa y «Shenandoah» tenía un sonido encantador, pero uno no hubiese podido calificar con ellas a Brooklyn. «Apacible» era la única palabra que le convenía, especialmente en el atardecer de un sábado de verano.

Ya entrada la tarde, el sol declinaba sobre el patio sombrío de la casa de Francie Nolan y sus rayos calentaban la madera roída de la verja.

El único árbol que allí había, no era un pino, ni un abeto. Sus hojas lanceoladas se extendían sobre varitas verdes que irradiaban del tronco como si fueran sombrillas abiertas. Algunos solían llamarlo el «Árbol del Cielo», pues allí donde caía su semilla, crecía otro que luchaba por llegar al cielo. Lo mismo florecía entre cercas que entre escombros; era el único árbol que podía brotar de las grietas del cemento. Se esparcía frondoso, pero únicamente entre las barriadas populares.

Los habitantes de Brooklyn solían pasear los domingos por la tarde y, caminando plácidamente, llegaban a un bonito barrio, muy distinguido. Cuando vislumbraban uno de esos arbolitos a través de las rejas de una propiedad, sabían que pronto ese paraje se transformaría en una barriada obrera. El árbol lo sabía. Había llegado el primero. Después llegaban extranjeros pobres, invadían el lugar y las viejas y tranquilas moradas de piedra gris se convertían en pisos, en cuyas ventanas aparecían edredones de pluma puestos a airear, entonces el Árbol del Cielo floreció. Así era ese árbol: amigo de la gente pobre.

Ese era el tipo de árboles que habían arraigado en el patio de Francie. Sus ramas se asemejaban a sombrillas enredadas; envolvían por completo el tercer piso de la escalera de incendios. Una chiquilla de once años, sentada en esa escalera, podía creer que vivía sobre un árbol. Y era lo que Francie se imaginaba todos los sábados por la tarde durante el verano. ¡Oh, qué día prodigioso era el sábado en Brooklyn! Bueno, maravilloso en todas partes, pues todos cobraban sus salarios. El sábado era el verdadero día de fiesta; sin la rigidez del domingo. La gente tenía dinero para salir de compras. Ese día comían bien, se embriagaban, concertaban sus citas, hacían el amor; lo pasaban cantando, bailando, peleando y tocando música. Trasnocaban porque tenían libre el día siguiente y no necesitaban madrugar; podían dormir hasta la hora de la última misa.

Los domingos la mayoría de ellos se aglomeraban en la misa de once. Bien, algunos, los

menos, iban a la de seis. Se les reconocía mérito en ello, aunque no lo merecían, dado que eran los que más habían trasnochado y regresaban a casa ya de día. De modo que asistían a la primera misa y, absueltos de todo pecado, dormían luego a pierna suelta.

Para Francie el sábado empezaba con una visita al almacén del trapero. Ella y su hermano Neeley, como muchos chicos de Brooklyn, juntaban papeles plateados, gomas, trapos y otros desechos. Los atesoraban en cubos, bajo cerrojo, en el sótano, o los escondían en cajas debajo de la cama. Durante toda la semana Francie volvía de la escuela con los ojos fijos en las alcantarillas, buscando paquetes vacíos de cigarrillos o envoltorios de goma de mascar; después los fundía en la tapa de un tarro. El trapero se negaba a recibir el papel plateado si venía enrollado, sin fundir, puesto que dentro de los rollos muchos chicos ponían arandelas de hierro para aumentar su peso. A veces Neeley encontraba un sifón; Francie le ayudaba a romper el cuello y luego a fundir el metal; el trapero no la compraba sin fundir porque podría tener problemas con el fabricante de soda. La parte superior de un sifón era un verdadero hallazgo; fundida, se vendía por un níquel.

Francie y Neeley bajaban al sótano todas las tardes para vaciar los desperdicios que durante el día se habían acumulado en los cubos. Gozaban de ese privilegio porque su madre era la conserje de la escalera. Allí amontonaban hojas de papel, trapos, botellas vacías. El papel no se pagaba bien; por diez libras les daban sólo un centavo. Por los trapos los vendían a dos centavos la libra, y el hierro, a cuatro. El cobre valía mucho, diez centavos la libra. De vez en cuando Francie tenía más suerte: ¡encontraba el fondo de un barreño! Tenían que separarlo con un abrelatas, luego doblarlo, machacarlo, doblarlo de nuevo y volverlo a machacar.

Los sábados por la mañana, apenas daban las nueve, emergían chicos y más chicos de las calles laterales adyacentes a Manhattan Avenue, la arteria principal, dirigiéndose hacia Scholes Street. Algunos de ellos llevaban sus trastos debajo del brazo, otros en cajones de jabón convertidos en carretillas con sólidas ruedas de madera; los menos, los conducían en cochecitos de niño, repletos hasta los topes.

Francie y Neeley colocaban sus mercaderías en un lienzo y cada uno lo cogía por un extremo. Lo llevaban a rastras por Manhattan Avenue; atravesaban Maujer, Ten Eyck hasta Scholes Street. Nombres hermosos para calles feas. De cada esquina emergían niños desarrapados para engrosar la marea de la calle principal. En el camino al almacén de Carney encontraban otros chicos que volvían con las manos vacías; habían vendido sus trastos e iban ya a gastar sus monedas; se burlaban de ellos gritándoles: «¡Traperos! ¡Traperos!».

Las mejillas de Francie ardían con el epíteto; no encontraba consuelo en pensar que los que se burlaban también eran traperos. No importaba que ya de vuelta, con las manos libres, Neeley y su pandilla se burlasen a su vez de los que iban llegando cargados. La vergüenza lo invadía igual.

Carney hacía su negocio en un corralón. Al dar la vuelta a la esquina, Francie vio el portón

con sus acogedoras hojas abiertas de par en par, y se le antojó que el fiel de la balanza le daba la bienvenida con su suave vaivén. También veía a Carney, con su roñoso cabello, su roñoso bigote, sus roñosos ojos, imperando ante la balanza. Carney sentía cierta debilidad por las mujercitas; solía darles un centavo extra si no se zafaban cuando les pellizcaba las mejillas.

Contemplando esa posibilidad, Neeley permaneció fuera, dejó que Francie entrara sola al corralón. Carney dio un salto adelante, vació el contenido de la bolsa en el suelo y recibió un pellizco preliminar en la mejilla. Mientras el trapero apilaba las mercaderías en la balanza, Francie parpadeó para acostumbrar sus ojos a la oscuridad; la invadía la humedad del ambiente y el hedor de los trapos. Carney hincó sus ojos escudriñadores en el fiel de la balanza y pronunció sólo dos palabras, su oferta. Francie sabía que no había lugar a regateos. Asintió. Carney arrojó los residuos hacia un lado y la hizo esperar mientras apilaba el papel en un rincón, tiraba los trapos en otro y separaba los metales. Sólo entonces hundió la mano en el bolsillo de su pantalón y sacó una vieja cartera de cuero atada con una gruesa cuerda, de la cual extrajo centavos enmohecidos, inmundos como todo lo que allí había. Mientras Francie susurró las gracias, Carney clavó en ella su roñosa mirada y le pellizcó con fuerza en la mejilla. Ella se quedó quieta, él sonrió, y le regaló el centavo. Luego sus maneras cambiaron: se tornó brusco e impetuoso.

—Vamos —gritó al que seguía en la fila, un varón—, a ver el plomo que traes; digo plomo, no basura. —Y rió socarronamente.

Los chicos rieron obsequiosos como él lo esperaba. Sus risas se asemejaban al balido de pequeños corderos extraviados. Eso a él le satisfacía.

Francie salió al encuentro de Neeley y le contó:

—Me pagó dieciséis y el del pellizco.

—Ese te pertenece —contestó él, respetando un antiguo trato.

Ella guardó el centavo en el bolsillo de su vestido y entregó el resto a Neeley. Este tenía diez años, era un año menor que su hermana, pero era el varón: él guardaba el dinero. Dividió los centavos cuidadosamente.

—Ocho para la hucha.

Era lo estipulado. La mitad del dinero que recibían, fuese cual fuese su procedencia, se guardaba en una pequeña hucha atornillada en el rincón más profundo del armario.

—Cuatro para ti y cuatro para mí.

Francie anudó el dinero en su pañuelo. Contempló los cinco centavos calculando con alegría que podría cambiarlos por un níquel.

Neeley dobló la bolsa debajo del brazo y, echó a andar hacia el Baratillo Charlie. Francie le siguió. El Baratillo Charlie era un puesto de golosinas cerca del almacén de Carney; esos pequeños comerciantes eran sus clientes. Al acabar la tarde del sábado, la caja se hallaba repleta de centavos verdosos. Por una ley no escrita, el negocio era únicamente para varones, así que Francie se quedó esperando en la puerta.

Entre los ocho y los catorce años, los chicos no se diferenciaban unos de otros: todos vestían pantalón corto y gorro de visera raída; las manos en los bolsillos y las estrechas espaldas inclinadas hacia adelante. Crecerían así, sin modificar su aspecto, ni siquiera cuando abandonaban los sitios de siempre. La única diferencia sería el cigarro, siempre entre los labios, moviéndose arriba o abajo al hablar. Los muchachos hablaban precipitada y nerviosamente; sus cabezas giraban de un lado a otro, ya para mirar a Charlie, ya para cruzar miradas entre sí. Francie observó que algunos ya estaban rapados para el verano, y tan a fondo que tenían claros en el cuero cabelludo, donde la máquina había ido demasiado a ras. Estos afortunados apilonaban sus gorras en los bolsillos o se las echaban en la nuca. Los no rapados, cuyo cabello aún se ensortijaba con aire infantil en la nuca, abochornados, se encajaban la gorra hasta las orejas de un modo que mostraban un aspecto femenino, no obstante su jerga profana.

El Baratillo Charlie no era barato; tampoco su dueño se llamaba Charlie. Este simplemente había adoptado el nombre que rezaba en el toldo del negocio, al que Francie daba crédito. Charlie daba a elegir un sobre de tómbola por un centavo. Detrás del mostrador colgaba un tablero con cincuenta ganchos numerados y un premio de cada uno. Sólo algunos premios eran especiales: unos patines de ruedas, una muñeca con pelo de verdad y otros. Los demás números correspondían a gomas, lápices y otras menudencias que no valían nunca más de un centavo. Francie miró atentamente cómo Neeley tomaba uno de aquellos sobres y retiraba de él una tarjeta manoseada: tenía el número veintiséis. Ansiosa miró el tablero, y vio que le había tocado en suerte un limpiaplumas.

—¿El premio o caramelos? —preguntó Charlie.

—Caramelos, ¿qué se cree?

Siempre sucedía lo mismo. Francie nunca había oído de nadie que hubiese ganado un premio de más de un centavo. Allí estaban, mudos testigos de ello, la herrumbre de las ruedas de los patines y el polvo que cubría el pelo de la muñeca, elocuente prueba del tiempo de su confinamiento. Francie había decidido que un día, cuando tuviese cincuenta centavos, apostaría a todos los ganchos del tablero. Pensó que sería un buen negocio: muñeca, patines y lo demás, todo por cincuenta centavos. ¡Los patines por sí solos valían ya cuatro veces ese premio! Ese gran día tendría que ir acompañada por Neeley, porque las niñas rara vez entraban al «Baratillo». A decir verdad, aquel sábado había unas cuantas atrevidas, procaces, demasiado desarrolladas para su edad; chicas que hablaban a gritos y bromeaban con los varones; chicas que no llegarían a nada bueno, según profetizaba el vecindario.

Francie cruzó a la confitería de Gimpy. Gimpy era un hombre agradable, amable con los niños. O por lo menos esto es lo que se creía hasta que aquella tarde soleada se llevó a una niña a su sombría trastienda.

Francie titubeaba entre gastar o no sus centavos en una de las bolsas-sorpresa de Gimpy. Maudie Donovan, quien había sido amiga suya durante un tiempo, estaba a punto de

comprar algo. Francie avanzó hasta colocarse detrás de ella e hizo como que iba a gastar un centavo. Tuvo que retener la respiración cuando vio que Maudie, después de muchas vueltas y revueltas, señalaba con ademán teatral una magnífica bolsa que había en una de las vidrieras; Francie habría escogido una más pequeña. Espiando por encima del hombro de la muchacha la vio abrir la bolsa-sorpresa, sacar unos caramelos viejos y examinar su premio: un pañuelo de batista ordinario. Un día a Francie le había tocado un frasco de penetrante perfume. Nuevamente se debatía consigo misma: gastar o no gastar el centavo en la codiciada bolsa. Era deliciosa la sensación de la sorpresa, aun cuando luego no pudiera comer el caramelo, pero se dio ya por satisfecha con la sorpresa que había experimentado al ver el resultado de la prueba de Maudie.

Francie reanudó su marcha por la avenida Manhattan leyendo en voz alta los nombres altisonantes de las arterias que cruzaba: Scholes, Meserole, Montrose y después Johnson Avenue. En estas dos últimas se habían instalado los italianos. El barrio llamado de los judíos nacía en Siegel Street, atravesaba Moore y Mc Kibbon y seguía más allá de Broadway. Francie se dirigió hacia esta última.

¿Qué había en Broadway de Williamsburg, en Brooklyn? Nada. Sólo el bazar de cinco y diez centavos más maravilloso y sugestivo del mundo. Enorme y deslumbrante. Todas las mercaderías del universo se encontraban allí..., por lo menos así lo creía una chiquilla de once años. Francie poseía un níquel; era poderosa, tenía en su mano la posibilidad de comprar cualquier objeto de los que veía allí. Era el único lugar del mundo donde esto podía ocurrir.

Una vez en el interior, empezó a caminar de un lado a otro entre los estantes, levantando y observando cuanto se le antojaba. Estupenda sensación aquella de tomar algo, retenerlo un momento en la mano, palpar su textura, pasar los dedos por sus contornos y luego volverlo a colocar cuidadosamente en su sitio. Su níquel le otorgaba ese privilegio. Si uno de los vendedores llegaba a preguntarle si deseaba comprar algo ella podía contestar afirmativamente, comprarlo y hasta hacerle notar con quién se las había habido. Llegó a la conclusión de que el dinero era una cosa maravillosa. Después de aquella fiesta de los sentidos, de aquella orgía del tacto, se decidió a adquirir lo que había elegido: cinco centavos de caramelos de menta, color rosa y blanco.

Emprendió el regreso a su casa por la Graham Avenue, la calle del gueto. Le entusiasmaban los carritos de los vendedores ambulantes, cada uno en sí mismo era una tiendecita: los judíos con su regateo sentimental y los olores tan peculiares de ese barrio, pescado relleno, agrio pan de centeno recién sacado del horno y algo más que olía a miel hirviendo. Francie observaba con asombro a aquellos hombres barbudos con gorras de alpaca y levitones de seda y se preguntaba por qué tendrían los ojos tan pequeños y la mirada tan dura. Luego se asomaba a sus tiendas, que se asemejaban a huecos en la pared, para oler las telas amontonadas sobre las mesas, la particular fragancia de los tejidos nuevos. Reconoció los edredones de pluma que se inflaban al viento en las ventanas; ropa de colores brillantes

puesta a secar en las escaleras de incendios, y chiquillos semidesnudos jugando en las alcantarillas. Una mujer embarazada estaba placidamente sentada en una rígida silla de madera; se dejaba envolver por el calor del mediodía y observaba el bullicio de la calle. Parecía custodiar el misterio de la vida.

Francie recordó la sorpresa que se había llevado el día en que su mamá le había dicho que Jesús era judío. Siempre había creído que era católico. Pero su mamá sabía mucho, le dijo que para los judíos había sido un quebradero de cabeza, un chico que nunca trabajaría de carpintero, que no se casaría, ni tendría casa ni familia propia. Y además los judíos pensaban que su Mesías aún no había llegado, eso decía mamá. Con estos pensamientos en la cabeza, Francie se detuvo delante de la judía embarazada.

«Me imagino que es por eso que los judíos tienen tantos niños —se dijo—. Ahora entiendo por qué se quedan sentadas tan quietas... están a la espera. Y es por eso que no les avergüenza engordar y que tienen un porte tan digno cuando están encinta. En cambio, las mujeres irlandesas parecen estar siempre avergonzadas. Será porque ya saben que nunca darán a luz al niño Jesús, sino otro Mick. Cuando sea mayor y me entere de que estoy embarazada, me acordaré de caminar orgullosa y lentamente, a pesar de que no soy judía».

Cuando llegó a su casa eran ya las doce. En seguida entró mamá con la pala y la escoba, las arrojó en un rincón con un ademán determinado que significaba que allí quedarían hasta el lunes, sin que nadie las tocara. Mamá contaba apenas veintinueve años. Tenía cabellos negros, ojos castaños y buen porte. Poseía una gran habilidad manual. Trabajaba de conserje y hacía la limpieza de tres viviendas. ¿Quién se habría creído que fregaba pisos para el sustento de los cuatro de la familia? ¡Era tan bonita, tan ágil y tan vivaz! Siempre rebotando alegría y gracia. Aunque tenía las manos ásperas y amoratadas por la lejía, eran bien formadas, y sus uñas alargadas como almendras. Todo el mundo lamentaba que una mujer tan esbelta y linda como Katie Nolan tuviese que pasar su vida restregando suelos. ¡Pero con semejante marido no le quedaba otro remedio! Admitían, claro está, que Johnny Nolan era un buen mozo y simpático, muy superior a todos los hombres del barrio. Pero era un borracho: eso era lo que decían y ésa era la verdad.

Francie pidió a mamá que se quedara allí mientras ella guardaba los ocho centavos en la hucha. Pasaron un rato agradable calculando cuánto habían ahorrado. Francie creía que serían unos cien dólares; mamá consideraba que no pasarían de ocho.

Luego mamá la mandó a comprar algo para el almuerzo.

—Toma ocho centavos del jarrón roto y trae un pan de centeno de un cuarto. Fíjate que sea tierno. Después ve a la tienda de Sauerwein y pídele el final de la lengua por un níquel.

—Pero hay que tener influencias para conseguirla.

—Le dices que te mando yo —insistió Katie, para añadir luego en tono dubitativo—: No sé si deberías poner la vuelta en la hucha o comprar cinco centavos de tortitas.

—¡Pero, mamá! Hoy es sábado, y te has pasado la semana diciéndome que el sábado comeríamos postres.

—Bueno; compra también las tortitas.

Los católicos aflúan a la panadería judía para surtirse de pan de centeno. Francie observó al vendedor mientras éste ponía el trozo de pan en una bolsa de papel. Aquel pan tan exquisito, con su corteza tostada y recubierta de harina. «Sin duda alguna, es el pan más rico del mundo», pensó. Después entró de mala gana en la charcutería de Sauerwein, quien a veces era amable con lo del trozo de lengua y otras no. La lengua se vendía por tajadas a setenta y cinco centavos la libra; era para gente rica. Cuando ya la había vendido casi toda, entonces, quien tuviera influencia, podía conseguir el trozo final por un níquel. ¡Claro: no quedaba mucha lengua en ese extremo! Era en su mayor parte huesillos y cartílagos, sólo le quedaba un recuerdo de carne.

El señor Sauerwein estaba en un buen día.

—Ayer se vendió la lengua, pero te guardé el pedazo porque sé que a tu madre le gusta y a mí me gusta tu madre. Díselo, ¿oyes?

—Sí, señor —balbució Francie, y bajó la vista sintiendo que se ruborizaba. Le odiaba... y no pensaba dar el mensaje a su madre.

En la panadería eligió cuidadosamente cuatro tortitas bien azucaradas. Se encontró en la puerta con Neeley. Este ojeó lo que había en el paquete e hizo una pirueta de alegría al ver las tortitas. Tenía mucho apetito a pesar de haber saboreado cuatro centavos de caramelos aquella mañana, por eso dio prisa a Francie para que echara a correr.

Papá no había llegado para el almuerzo. Era mozo y cantante suplente de café, lo que significaba que no trabajaba todos los días. Generalmente pasaba la mañana del sábado en los cuarteles de la Unión esperando a que le llegara alguna tarea.

Francie, Neeley y mamá disfrutaron de la sabrosa comida. Cada uno se sirvió una buena tajada de lengua, dos trozos del aromático pan de centeno —untado con manteca sin sal—, una tortita, una taza de café caliente bien cargado y acompañado por una cucharadita de leche condensada.

Para los Nolan el café era un gran lujo y tenían un modo particular de prepararlo. Todas las mañanas mamá llenaba una gran cafetera con agua y un poco de café y le añadía una cucharada de achicoria para darle consistencia y también para que resultara más amargo; el que quedaba lo recalentaban, de modo que a medida que transcurría el día se iba poniendo más fuerte. Tres tazas de «café con leche» era la ración diaria; pero podían beber una taza de café negro cuantas veces lo desearan. Si no había qué comer en casa, llovía y algún miembro de la familia se encontraba solo en el piso, era muy agradable saber que por lo menos había una taza de café amargo.

A Neeley y a Francie les gustaba el café, pero pocas veces bebían. Hoy Neeley, como de costumbre, no mezcló su cucharada de leche condensada con el café; la untó sobre el pan y sólo bebió un traguito de su café por mera formalidad. Mamá revolvió el de Francie y le agregó la cucharada de leche, por más que sabía que la chiquilla no lo tomaría.

A Francie la encantaba el calor del café y su aroma. Mientras comía el pan y la carne,

apoyaba las palmas de las manos contra la taza para gozar de su calorcito; prefería eso a beberlo. Cuando terminó de comer, lo vertió en la piletta.

Mamá tenía dos hermanas, Sissy y Evy; a menudo iban a visitarla. Cada vez que veían a Francie tirar el café, sermoneaban a mamá acusándola de derrochadora. Mamá les decía: «Francie tiene derecho a una, taza de café en cada comida, como los demás; si prefiere tirarlo en vez de beberlo, es asunto suyo. Yo creo que es bueno que la gente como nosotros derroche algo de vez en cuando para tener la sensación de poseer dinero y olvidar así las aflicciones de su continua falta de todo».

Esa extraña explicación satisfacía a mamá y agradaba a Francie. Establecía un vínculo entre la gente humilde y los ricos dilapidados. La niña pensaba que si bien tenía menos que cualquiera de los habitantes de Williamsburg, en cierto modo tenía más; era rica porque podía derrochar algo. Comió muy despacio la tortita, intentando retener su dulce sabor, mientras el café se helaba. Luego con ademán de reina lo volcó en la piletta, sintiéndose un poco extravagante.

Ahora estaba lista para salir a comprar la ración de pan duro que debía durar media semana. Mamá le dijo que gastara un níquel en un pastel del día anterior que no estuviese demasiado machucado. Loshers fabricaba pan y lo servía a las panaderías del barrio, sin envoltorio, por lo que pronto se endurecía; después rescataba el pan sobrante de las panaderías y lo vendía a los pobres a mitad de precio. Los hornos de la panadería estaban contiguos al local de venta. Mostradores largos y angostos ocupaban uno de los costados; contra las otras paredes, había bancos también largos y angostos, y una enorme puerta de dos hojas se abría detrás del mostrador. Los carros acarreaban y descargaban el pan directamente encima del mostrador. Vendía dos por un níquel. En cuanto se vaciaba un carro, el gentío se abalanzaba. Nunca había suficiente pan y algunos tenían que esperar tres o cuatro turnos para conseguirlo. Dado su precio no se vendía envuelto; había que llevar una bolsa. Los clientes eran en su mayoría chiquillos. Algunos regresaban a sus casas con el pan debajo del brazo sin que les importara que la gente viera que eran pobres; otros, como si pretendiesen ocultarlo, lo envolvían, ya en diarios viejos, ya en bolsas usadas. Francie siempre llevaba una gran bolsa de papel.

No se apresuró a acercarse al mostrador; permaneció sentada mirando a su alrededor. Una docena de chiquillos se aglomeraba, bulliciosa. Cuatro ancianos dormitaban en un banco frente a ella. Viejos que dependían de sus familias, hacían los recados y cuidaban de los niños, única ocupación para los hombres viejos de Williamsburg. Estos ancianos trataban de demorarse cuanto les era posible, porque les agradaba el olor a pan caliente de la panadería Loshers y el sol que se filtraba por las ventanas entibiaba sus viejas espaldas. Allí sentados dormitaban; así pasaban el tiempo, con la sensación de ocupar las horas. Esperar allí era para ellos un fin y durante un rato tenían la ilusión de ser útiles en la vida.

Francie tenía una afición favorita: tejer conjeturas acerca de las personas que veía. Observó detenidamente al más anciano. Sus escasos cabellos estaban tan sucios como la barba que

poblaba sus mejillas enjutas; la saliva reseca formaba una costra en la comisura de los labios. Ahora bostezaba. No tenía dientes. Atraída y asqueada a la vez, vio cómo cerraba su boca desdentada, apretando los labios y elevando la barbilla hasta casi tocarse la nariz. Contempló su vieja chaqueta, que iba perdiendo la entretela por las costuras deshilachadas. Tenía las piernas abiertas y estiradas, y los músculos relajados denunciaban su vejez. Al pantalón sucio y grasiento le faltaba un botón en la bragueta. Miró los zapatos rotos en las punteras: uno sujeto con un cordón desflecado, el otro, con un trozo de cuerda. Dos gruesos dedos de uñas grises y arrugadas asomaban por los agujeros. Francie se entregó a sus fantasías.

«Ese viejo —se dijo— pasa de los setenta. Habrá nacido en la época en que Lincoln se preparaba para la presidencia; en aquel entonces Williamsburg sería una aldea y tal vez aún había indios en Flatsbush. ¡Todo eso pasó hace tanto tiempo!»

Siguió mirando los pies del viejo, imaginando que en su tiempo ese anciano también había sido un niño, un rorro limpio, suave, a quien su madre besaría los piecitos rosados. Tal vez cuando tronaba de noche su mamá se inclinaba sobre la cuna, tierna y solícita, le arrullaba para que no temiese, le decía que allí estaba ella; luego lo alzaba y colocando la mejilla contra su cabeza le decía que era su niño, su niño querido.

Y continuó pensando que podía haber sido un chico como su hermano, uno de esos que entran y salen de la casa dando portazos, y que mientras las madres les reprochan su conducta sueñan con poder llegar un día a ser presidente. Después habría sido un muchacho fuerte y feliz, y cuando pasara por la calle las mozas se volverían para mirarle y sonreírle, y él guiñaría el ojo a la más bonita. Seguramente se había casado, había tenido hijos que le considerarían el papá más

prodigioso del mundo por ser buen trabajador y por los juguetes que les regalaba para Navidad. Ahora sus niños también se estarían haciendo viejos, tendrían hijos y nadie querría cargar con el anciano. ¡Quién sabe si no estarían esperando que muriese de una vez! Pero él; él, no deseaba morir: quería seguir viviendo, a pesar de la carga de sus años y carecer de motivos para ser feliz.

En la tienda reinaba la tranquilidad. El sol estival, filtrándose por las ventanas, dibujaba en el aire su geometría polvorienta. Un moscardón, revoloteando, cruzaba los rayos oblicuos. Con excepción de ella y los ancianos que dormitaban, el local había quedado desierto. Los chicos que aún no habían conseguido su pan se habían ido a jugar afuera. El alboroto de sus voces parecía llegar desde lejos. De pronto Francie se estremeció; su corazón empezó a latir con fuerza; pensó en un acordeón que se abría en toda su extensión para dar una nota sonora y llena y que luego se contraía... más... y más. La fue invadiendo un pánico indefinido mientras concebía que muchas de las criaturitas que venían al mundo llenas de dulzura nacieron para convertirse algún día en algo semejante al viejo que tenía allí delante. Era necesario huir. En caso contrario lo mismo le sucedería a ella. De pronto se convertiría en una anciana con encías desdentadas y pies repugnantes.

En aquel momento se abrió la puerta detrás del mostrador y avanzó una furgoneta repleta de pan. En seguida el conductor empezó a tirar los panes al vendedor, que los recogía en el aire y los apilaba sobre el mostrador. Los chiquillos de la calle, que habían oído el ruido de las puertas, se amontonaban y apretujaban alrededor de Francie, que ya había llegado al mostrador.

—Quiero pan —dijo Francie en voz alta.

Una muchachota, dándole un empujón, la increpó:

—¿Qué te crees tú?

—¡Qué te importa! —le respondió, y gritó al vendedor—: Quiero seis panes y un pastel que no esté demasiado machucado.

El vendedor, impresionado por semejante vigor, le entregó en el acto los seis panes, el menos machucado de los pasteles del día anterior y recibió el dinero.

Francie se abrió paso entre aquel gentío; la apretujaban de tal modo, que con dificultad pudo levantar uno de los panes, que se le había caído. Una vez fuera se sentó en el suelo y colocó el pan y el pastel dentro de la bolsa. Junto a ella pasó una mujer llevando un nene en un cochecito; la criatura agitaba un pie en el aire. Francie no vio el pie, sino una cosa enorme, repugnante, en un botín roto. El pánico resurgió en ella y salió corriendo hasta llegar a su casa.

En la casa no había nadie. Mamá se había vestido y se había ido a una sesión de cinema, de diez centavos la entrada. Francie guardó el pastel y el pan, luego dobló y guardó cuidadosamente la bolsa y entró en el mal ventilado y reducido cuarto que compartía con Neeley; allí, sentada sobre su cama, esperó a que se alejara aquella ola de pánico que la había invadido.

Al poco rato llegó Neeley y se agachó para retirar de debajo de su cama un guante de béisbol estropeado.

—¿Adónde vas? —le preguntó Francie.

—A jugar a pelota en el yermo.

—¿Puedo ir contigo?

—No.

Ella le siguió hasta la calle. Tres de su pandilla le esperaban. Uno llevaba una paleta; otro, una pelota de béisbol, y el tercero, nada, pero se había puesto pantalones de béisbol. Se dirigieron hacia un terreno en las proximidades de Greenpoint. Neeley vio que Francie los seguía, pero no dijo nada. Uno de los muchachos le dio un codazo.

—¡Eh! Tu hermana nos viene siguiendo.

—Sí —asintió Neeley. Volvió la cabeza y gritó a Francie—: Lárgate de aquí.

—Vivimos en un país libre —replicó Francie.

—Sí, es un país libre —repitió Neeley. Después dejaron de fijarse en ella.

Francie continuó siguiéndolos. Hasta las dos no tenía nada que hacer; a esa hora abrían la biblioteca del barrio.

Los muchachos andaban despacio, haciéndose bromas; de vez en cuando se detenían para recoger papel plateado y colillas de cigarrillos. Estas las guardaban para fumar en el sótano el próximo día de lluvia. En el camino se pararon para mortificar a un chiquillo judío que se dirigía a la sinagoga. Le atajaron cuando aún no habían discurrido qué podrían hacerle. El judío se quedó a la expectativa sonriendo humildemente. Los cristianos le dieron instrucciones muy precisas sobre como comportarse durante toda la semana.

—¡No te asomes por Devoe Street!

—No lo haré.

Los de la pandilla se quedaron desconcertados. Esperaban otra reacción.

Uno de los chiquillos sacó del bolsillo un pedazo de tiza, hizo una raya en la acera y le ordenó:

—No se te ocurra pasar de esa raya.

El chiquillo comprendió que los había ofendido poniéndoselo tan fácil y decidió seguirles el juego:

—¿Tampoco puedo pisar la alcantarilla, camaradas?

—No, no puedes ni escupir en la alcantarilla.

—Bueno, está bien —suspiró, simulando resignarse.

Uno de los mayores tuvo una inspiración:

—Y además que no te veamos acercarte a las chicas cristianas, ¿me has oído?

Satisfechos prosiguieron su marcha, y él, atónito, se quedó mirándolos.

—¡Caramba! —susurró, revolviendo sus ojos castaños de judío.

Aquello de que le consideraran bastante hombre como para ocuparse de alguna chica, cristiana o judía, le pasmaba, y se fue repitiendo:

—¡Caramba! ¡Caramba!

Los muchachos caminaban lentamente mirando de reojo al muchachote que había hecho la observación referente a las chicas, preguntándose si los llevaría a una charla atrevida. Pero antes que ésta se iniciara, Francie oyó que Neeley decía:

—Conozco a ese chico: es un judío blanco.

Neeley había oído a su papá expresarse así de cierto cantinero a quien apreciaba.

—No hay judíos blancos —contestó el mayor.

—Bueno: si existieran los judíos blancos —replicó Neeley, con ese don simpático que tenía para conciliar a todos sin abdicar de sus ideas—, si existieran, él sería uno.

—No pueden existir ni en la imaginación —insistió el otro.

—Nuestro Señor fue judío.

Neeley estaba plagiando a mamá.

—Y fueron otros judíos quienes le mataron —replicó el muchachote.

Antes que pudieran seguir profundizando en teología, divisaron a otro chiquillo que doblaba la esquina. Entraba en Ainslee Street y venía de la Humboldt Avenue; llevaba una canasta colgada del brazo, cubierta con un lienzo limpio; en un extremo asomaba un palo

con seis roscas ensartadas. El mayor de la pandilla dio la señal de ataque y todos formaron un círculo alrededor del vendedor de roscas. Este se detuvo y dio un chillido:

—¡Mamá!

Se entreabrió una ventana, apareció una mujer que con la mano sujetaba sobre el pecho un kimono de crespón y les gritó:

—No os metáis con él y salid de esta calle. ¡Bastardos! ¡Piojosos!

Francie se tapó los oídos para no tener que confesar al cura que había escuchado malas palabras.

—No le hacemos nada, señora —dijo Neeley con la misma sonrisa conciliadora con que sabía conquistar a mamá.

—Ya sé que no, mientras esté yo por aquí —y sin cambiar de tono llamó a su hijo—: Sube en seguida, tú; te voy a enseñar a molestarme mientras duermo la siesta.

El vendedor de roscas subió y la pandilla continuó su camino.

—Es brava, ésa —dijo el muchachote mirando la ventana.

—Sí —afirmaron los otros.

—Mi padre es bravo —comentó el menor de ellos.

—¡Qué diablos nos importa! —exclamó otro.

—Yo lo decía por decir.

—Mi padre no es así —dijo Neeley, y todos lanzaron una carcajada.

Siguieron andando, deteniéndose de vez en cuando para aspirar profundamente el olor del arroyito Newton, cuyo angosto y tortuoso curso seguía unas manzanas por Grand Street.

—¡Caramba! ¡Cómo huele! —dijo el muchachote.

—Sí que huele —respondió Neeley con satisfacción.

—Apuesto a que es el olor más feo del mundo — se jactó un tercero.

—Sí —afirmó otro de ellos.

Y Francie asintió a su vez.

Se enorgullecía de ese olor. Para ella era el indicio de que en la proximidad había un riachuelo que, aunque sucio, iba a un río que confluía en el mar. A ella ese olor nauseabundo le traía a la imaginación vapores que zarpaban hacia remotos mares y extrañas aventuras. Por eso le agradaba ese olor.

En el instante de llegar al baldío donde había un rombo para béisbol desdibujado por el constante pisoteo, vieron una mariposa

que revoloteaba entre las hierbas. Siguiendo ese instinto humano que lleva a capturar todo bicho que vuela, nada, corre o se arrastra, la persiguieron tirándole sus gorras zarrapastrosas. Fue Neeley quien la cazó. Los muchachos se aproximaron y, ya sin interés, le echaron apenas un vistazo. Iniciaron su partido de béisbol jugando a su manera.

Corrían rabiosamente, vociferando imprecaciones, transpirando y dándose bofetadas. Cada vez que se detenía algún vagabundo hacían payasadas y demostraciones. Se decía que el club Brooklyn Dodgers tenía un centenar de buscadores rondando las calles los sábados por la

tarde para observar los partidos que se improvisaban en los yermos y descubrir campeones en ciérne entre los muchachos del distrito. No había en todo Brooklyn un solo chiquillo que ante la opción de pertenecer al equipo Bum o ser presidente de Estados Unidos, hubiera titubeado en abrazar lo primero.

Al cabo de un rato Francie se cansó de contemplarlos jugar; sabía que continuarían jugando y peleando hasta la hora de la cena. Eran ya las dos. La bibliotecaria habría vuelto de su almuerzo. Saboreando de antemano el placer que le produciría la lectura, se dirigió a la biblioteca.

Título original: *A Tree Grows in Brooklyn*

Primera edición: mayo de 2008

© 1943, 1971, Betty Smith

© 2008, de la presente edición en castellano para todo el mundo:

Random House Mondadori, S. A.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© de la traducción: Herederos de Rojas Clavell, a los que la editorial reconoce su titularidad de los derechos de reproducción y su derecho a percibir los royalties que pudieran corresponderles